



RCF6009

Lunes 25 de abril de 1994

ESPECTACULOS

OPINIÓN

"La muerte y la doncella"

RAUL ZURITA

En uno de los teatros más importantes de Roma, el Eliseo, a dos cuadras de los foros imperiales, una ovación interminable cerró el estreno de *La muerte y la doncella*, de Ariel Dorfman. Con el trasfondo de su propio país sumergido en un inquietante proceso de transformaciones, el emocionado público italiano recogió de ese modo lo más doloroso y vulnerable de una historia cuya tragedia, incertezas y esperanzas sintió siempre cercanas. Luego, cuando en medio de la aclamación nos dimos vuelta para aplaudir al autor sentado dos filas más atrás, nos pareció entender, a los chilenos que estábamos ahí, que Ariel Dorfman había iniciado, en nombre de un pueblo aún demasiado frágil como para hacerlo, el ritual que tal vez algún día nuevamente nos dé a nosotros el derecho de llamarnos seres humanos.

Es ese fondo en el que esta obra se juega y si ella ya es hoy un patrimonio universal, representada permanentemente por los más grandes actores y directores de todas partes del mundo, es porque constituye la reflexión más profunda e importante que una sociedad, golpeada y enmudecida ante sí misma, nos puede sin embargo entregar. Su apelación, como en Sófocles, no solamente toca las consecuencias de cualquier acto de violencia, sino que indaga en todo aquello de insondable, de no hablado, que inexorablemente esa misma violencia habrá de hacernos adorar. Son todas las Paulina Escobar de este mundo las que enfrentadas a sus propios victimarios, a las grandes y pequeñas vejaciones de las que han sido y continúan

siendo objetos, quienes proponen, en nombre de todos, el destino que al fin y al cabo le daremos a esta tierra.

Porque lo que *La muerte y la doncella* nos reitera —como toda auténtica obra maestra— más que el dilema del qué hacer, es lo irreparable de las conductas humanas y, en consecuencia, la tragedia enfrentada a su victimario, parece mostrarnos que la única anestesia para el dolor es el dolor mismo. En rigor, es esa la suerte de la doncella y lo que esa muerte nos revela es que el perdón es enormemente más cruel que el castigo. Quien perdona, cede y asesina en sí mismo a su victimario y al mismo tiempo recalca, de un modo absoluto, que el acto ha sido cometido. Que es él mismo o aquello que se ha dado en llamar humanidad, lo que se reconoce en el umbral más duro, más vergonzoso, más abominable de su propia existencia. El que perdona repite, como en una letanía: te perdono porque tu monstruosidad es la mía, porque tu vileza y tu abyección están en mí. Quien perdona toca de ese modo lo irremediable de la culpa, su condición permanente, y reconoce en ello la vergüenza básica de lo humano. El castigo afirma por el contrario la casualidad de los actos, su carácter transitorio y, en cierto sentido, la horrible gratuidad de la falta.

de estar obligados a decidir entre el perdón y el castigo. En resumen, lo que ella nos vuelve a recordar es que hay actos tan gratuitos, tan abismales en su ensañamiento, en su maldad, en su abuso —no importa quien lo ejerza, el Estado o una simple persona— que no tienen compensación posible. Es como si los pueblos, comunidades o personas que han producido esas violencias extremas —y nuestro país es, no podemos olvidarlo, uno de ellos— sobrevivieran solamente porque de una u otra forma logran producirse a sí mismos un daño equivalente al que han sido objeto. Perdonar o castigar toca así el nudo mismo de la tragedia y Paulina, al

despiadado, pero yo me quedo con el perdón.

Y es ese el espejo al que nos enfrenta el fin de la obra. En realidad, nada nos dice que nos hemos muerto en la partida. Nuestro país tiene una deuda con la barbarie y la abyección, y el castigo en el que tan fácilmente caemos no es sino la otra cara de esa vergüenza. Es eso lo que la ejemplaridad de este drama constantemente pareciera estarnos recordando. Porque sea cual sea el destino final de sus tres personajes, lo que nos aguarda es la dureza; un juicio cuyo final está sellado y que concluirá irremediablemente con una condena. *La muerte y la doncella*, su tunc-facto ternura, es parte del tramado de ese juicio y lo es porque al compadecernos de esas tres vidas, y de lo que en ellas hay de nosotros, lo que esperamos es que algún día esa compasión y esa piedad sean la patria.

No es otro el nudo de este teatro. Lo que él nos dice es que si la tragedia que sufrió nuestro país es desgarradoramente ejemplar, lo es porque es parte de la lucha que libran millones y millones de seres humanos sobre la faz de la tierra por convertirse en seres humanos y por continuar siéndolo. Es lo que esas tres vidas nos han hecho presente. Su conmovedor recordatorio es un alegato en nombre de lo que aún subsiste tras la palabra dignidad y, al mismo tiempo, muestra que más que las instituciones, los tribunales o las grandes aparatos, es tarea de los escritores y artistas construir los poemas, los cuadros, las novelas que nos abuelvan algún día de la terrible condena de perdonar o castigar.

Bien, el que obras como la de Ariel Dorfman se escriban es el mayor testimonio de generosidad que un pueblo puede darse a sí mismo y eso es más de lo que a un hombre se le pueda pedir. Por ahora nuestro deber es ser dignos de esta muerte de la doncella, es decir, ser dignos de lo que hemos escrito.

El autor es escritor.

La muerte y la doncella [artículo] Raúl Zurita.

Libros y documentos

AUTORÍA

Zurita, Raúl, 1950-

FECHA DE PUBLICACIÓN

1994

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

La muerte y la doncella [artículo] Raúl Zurita.

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile